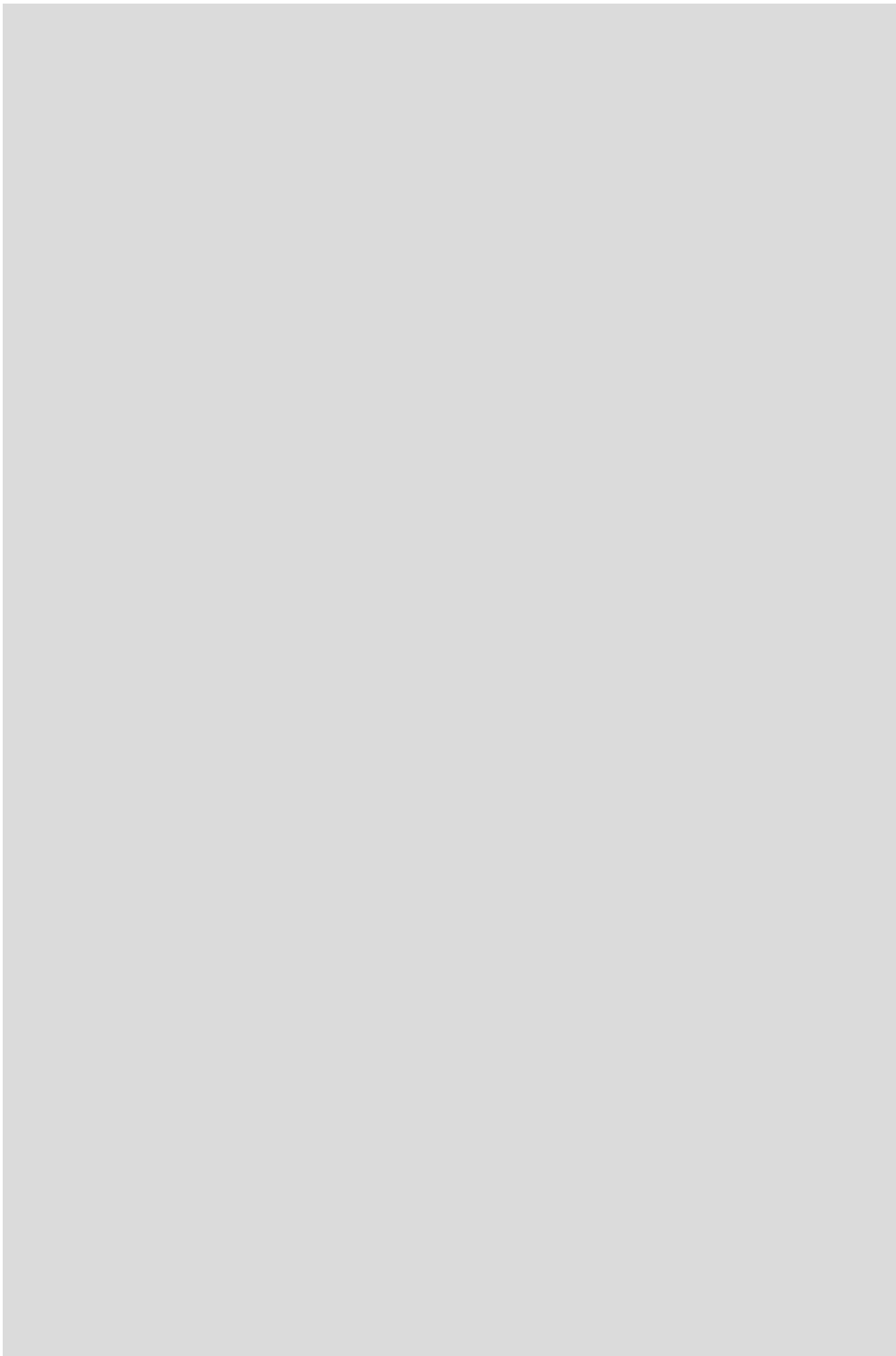


Cuento de Muerte y Amor

Guillermo Castelló



Capítulo 1

Y fue como el simple caer de las hojas en otoño, en vívidos tonos de naranja melancólico y un rojo que brillaba con la fuerza de memorias perdidas.

Tan sencillo como el caer de las hojas, las personas también morían.

Cesaban.

Se despedían para no volver más a aquella pesadilla que llamaron realidad.

Se tumbaban en silencioso lecho, víctimas de un dulcísimo sueño.

En la misma manera que al caer, las hojas le entregaban su vitalidad al suelo, las personas al morir legaban un valioso regalo a los vivos; un breve vistazo a través de las cortinas de la realidad.

Pero yo me rehusaba a dejar que su recuerdo cesara.

Yo negaba aquel adiós.

Gritaba con todas mis fuerzas para evitar su merecido sueño.

El sol había quemado mis ojos, más yo trataba de creer que aún vivía en la tranquila oscuridad.

Ella nunca debió de haberse ido. Era injusta la manera en la que este mundo juzgaba a los inocentes, que, entre estos, ella la más pura y brillante luz. ¿Por qué desearon arrebatarse sus alas? ¿No les fue suficiente con haber destruido su aureola angelical?

Su nombre rondaba alrededor de mi mente cada día, su dulce sonrisa se volvía una monocromática mueca mientras más la veía. Pero yo no la iba a abandonar, mi memoria era todo lo que quedaba de ella en este desolado mundo. Nadie había sufrido por ella como lo había hecho yo. Nadie la había amado tanto como lo había hecho yo...

Y la danza de hojas en caída libre que era el otoño se vio reemplazada por las caricias del gélido viento y algunas nevadas. El viento dejaba de suspirar coquetamente a los oídos, en su lugar gritaba con odio glacial. Con una fuerza helada e inminente, el invierno había llegado, haciendo que cada día se sintiera aquella pesadez que se parecía al sopor de estar dormido, o siendo más dramático, muerto.

Yo siempre había detestado el invierno.

Pero a ella le gustaba. Ella creía que en invierno era donde las flores demostraban su verdadero valor, no siendo solo objetos de belleza superficial y estética, si no también verdaderas supervivientes de la naturaleza. Una sonrisa se sigue formando en mi rostro cada vez que pienso en aquella forma que ella tenía para describir las cosas, siempre a su única y especial manera.

Su nombre, ahora parece escaparse de entre mis lágrimas, como si no quisiera ser parte de mí. Aseguraba que la podía ver, estaba frente a mí, con sus ojos amables y jóvenes, movía la mano, como en un saludo, queriendo atraerme.

Pero cada vez que estaba cerca de ella, cada vez que extendía mi mano para tocarla... Ella desaparecía, su fantasma se desvanecía en humos y su sonrisa se me grababa en la mente.

Ahí estaba ella de nuevo, con una mueca alegre que no me atrevo a definir como burlona. En aquella calle vacía, donde las sombras parecían devorarse entre ellas, yo me eché a correr; dejando a mi estela, el solitario tronar una botella rompiéndose.

Mi cuerpo se sentía frío, cada vez más cansado, la sangre me helaba como punzantes agujas queriendo salir de mí, pero no detenía mi correr. No me detenía por qué sabía que ella estaba ahí, en frente de mí, alejándose cada vez que me creía victorioso. Solté jadeos, dejando entrar el aire invasor soltando pequeñas nubes de vaho. Girando alrededor de melancólicas calles donde ni los postes de luz tenían vida, ella pareció tomar una última dirección, tuve que saltar una barda, que aun cuando era corta, logró hacerme sangrar con su punta. Pero ella se detuvo, finalmente pude dar tregua a mi agotado cuerpo mientras mis rodillas cedían ante el cansancio y me derrumbaba al suelo. Logré levantarme un poco y la vi, sentada con las piernas cruzadas, usando un vestido suave en blanco, sentada sobre una extraña piedra. La tierra donde yo yacía era enfermizamente húmeda. Dejé de sentir mis miembros, más, aun así, pude gatear hasta ella, desesperadamente. Esta vez no se alejó, subí al pequeño montículo de tierra en frente de su asiento y alcé la mano a ella, mi mano, desnuda temblaba en la noche macabra, víctima del terrible helado que ya había conquistado mis huesos; la suya, amablemente se estiró hacia mí, dobló la mano con delicadeza, como en aquella famosa pintura de Miguelangel.

Cuándo pudimos hacer contacto, una sensación de calor y dulzura se apoderó de mi cuerpo, una sensación más allá de lo terrenal y los viciosos placeres de este mundo, un sol explotando en candor y virtud... pero después de tocarla, ella se esfumó. Dejándome ver la solitaria realidad de este mundo, dejándome sentir el infernal frío que me había tomado como

su víctima. Ya no podía mover ni una parte de mi cuerpo, tampoco podía gritar, mi cuerpo temblaba mientras miraba al fantasma de mi amada desaparecer en brillante humo, su rastro, iluminó el lugar donde estaba acostado. Fue lo último que vi antes de perder la visión.

Yo había seguido al fantasma de mi amor hasta un cementerio, mi corazón se detuvo recargado sobre su tumba. Alcancé a estirar mi mano hacia la lápida y decir una última vez su nombre, en un suspiro, en un último ruego de vida.

—Ariadna...

Hundido, en un mar de oscuros y abstractos pensamientos, de viles enredaderas que me tomaban preso y me hacían sangrar con sus diminutos colmillos, más yo no tenía cuerpo ni sangre, ya no más. Era libre de mi cuerpo, del mundo y sus temores, sus acechantes, aterradoras y despiadadas quimeras no me perseguirían más; tal vez muerto, era libre del fantasma de mi amada, iqué mezcla de sentir tan agri dulce! La extrañaría tanto, a la vez que sería un alivio la soledad.

Aquel mar de enredaderas me tomaba más profundo con cada pensamiento, las vides se apretaban entre ellas y competían por tomarme como su víctima, atrayéndome cada vez más profundo en aquél infinito mar de oscuridad. Me convencí que luchar contra la muerte era inútil, un desperdicio de las ya nulas fuerzas que me quedaban, relajé mi cuerpo, me estiré, dejando que cada planta me tomara, y finalmente me deje atraer por ellas hasta dónde sea que me quisieran llevar. Bajando cada vez más, creo que incluso llegó el momento en el que disfruté el paseo, llegué tan profundo que aquel mar oscuro donde me había sumergido antes, desapareció, no había ni luz, ni oscuridad, sólo yo y una constante caída al vacío.

Acúsenme de simplón, pero en mi opinión, una de las mayores verdades existentes es que la oscuridad existe hasta que llega la luz, la penumbra solo es una queja, no es luz ni oscuridad. Sin embargo, no hay otra manera de describir el nuevo lugar donde me hallaba sin causar alguna confusión con su descripción: Una habitación, elegante, extensa y al a vez vacía, iluminada únicamente por penumbras; no por luz, más bien por la ausencia de esta. Mi caminar era un apacible eco sonoro en la enorme habitación, se devolvía hacia mí, como aterrado de esta extraña soledad. La habitación estaba completamente vacía, sin siquiera tener puertas, o ventanas, una caja cerrada sin contacto del mundo. Un extraño tipo de llama que nunca había visto antes y no podré describir sin pasarme de romántico alumbraba cada esquina en barras de oscuro metal. Pero definitivamente, lo más curioso de la habitación era su centro, donde se hallaban los únicos objetos de toda la sala, uno contra el otro, frente a frente, como desafiándose con la mirada. Un espejo alto y una silla, de diseño simple, más humilde de lo que esperaba, ambos en un impecable

estado. Caminé hacia ellos, de nuevo, perseguido por las pisadas y su eco, y me senté en la silla; dejé que mi cuerpo se pusiera cómodo por unos instantes, pensé en lo agotado que estaba y repentinamente, sentí mi cuerpo pesado cuál roca. Sólo pude mover mi cabeza, que termino contra el espejo, un doble me esperaba sentado en su propia silla, con la misma mirada de angustia y un idéntico cuerpo inmóvil. La mirada del impostor del espejo se relajó, y termino por levantarse, yo miré hacia mis piernas, incrédulo, estas seguían siendo pilares de mármol. Su cuerpo era el mismo que el mío, se encontraba en la misma habitación que yo, pero él estaba dentro del espejo, él parecía libre. Estiro su (¿mi?) cuerpo y volvió a sentarse, cruzó las piernas y recargó su mano contra su barbilla en un gesto que lucía imponente. Yo... seguía sin poder moverme, y sólo contemple su espectáculo. Después de un hondo respiro, empezó a hablar.

—¿Por qué? —su voz era la mía, hacía potentes ecos alrededor del salón, repitiendo la pregunta no solo una si no múltiples veces contra mí- ¿Por qué morir con tal sentido de pesadez? ¿Cuál es el propósito de arrastrar tus penas contigo, incluso después de muerto? No lo entiendo, ni lo quiero entender. Tú has muerto cargando una desesperación inimaginable, un peso con el cual nunca podrás alcanzar ningún tipo de descanso eterno... Estás muerto, todo lo que hagas ya no servirá de nada, ni podrás cambiar nada en el mundo vivo, ¿no te parece inútil seguir preocupándote? Sin embargo, aquí estás tú, atado de pies y manos con un peso tan diabólicamente intenso, con un pesar casi maligno, una desesperación tan tormentosa... Tu alma no podrá descansar hasta que dejes libre a aquél cuervo que llevas contigo, déjate ir. Más preciso, déjala ir.

Sigo lamentándola, sigo sintiendo la cadena con la que ella ató en mi corazón, su tierna voz viaja incansable alrededor de mis oídos, y el sentir de sus labios de ensueño aún vive en mi memoria. Ariadna, no me dejes, por favor. Prometiste nunca soltarme, y espero que aun después de muerta, puedas cumplir tu promesa. Por qué yo no te voy a abandonar, ni hoy ni nunca, sin importar cuanta tragedia, cuanta desesperación tenga que cargar en mis hombros, tu recuerdo me dará toda la fuerza que necesito. Es mi decisión no dejarte ir...

—Amor, el único sentimiento capaz de vencer a la muerte, ¿no es así, joven enamorado? -preguntó el hombre del espejo, después de dar un suspiro que lo mostró cansado, expresión que me sorprendió- ¿qué se le puede hacer a la locura, si no animarla? Y con un ideal tan romántico como el tuyo... Me gustaría proponerte algo, joven amante. Conóceme como El Después, aquél que controla el más allá. Déjame revelarte que no existe ni Infierno, ni Paraíso, ni un Diablo malvado o un Dios bondadoso; sólo existo yo, mi justa mirada, y la tierra que hice para descanso de todas las almas, El Terrenal. Es mi labor mantener cada alma en paz, en una perfecta e imperturbable calma, por eso mismo, me es imposible dejar a alguien como tú descansar para siempre, llevas contigo tales

deseos que es imposible mantener un equilibrio. Por eso, me gustaría darte una oportunidad; sé que la vida ha sido injusta contigo, así que, ¿por qué la muerte habría también de serlo?

¿Cómo? ¿Qué es lo que propones?

—Encuétrame. Cae libre en mi mundo y sorteas cada obstáculo que puedes hallar, El Terrenal es más interesante de lo que parece. Te daré una brújula y un guía, todo lo que necesitas para encontrarme es seguir a ambos, creer en ti, y, sobre todo, mostrar la más fuerte de las voluntades. Realmente, mi mundo es uno que se alimenta de los débiles, muestra tu fatiga y rápidamente serás consumido. Aunque tampoco hay nada malo con eso, podrías alcanzar tu paz soñada...

Si logro encontrarte y no morir, ¿qué ganaré yo?

—Muerto ya estás, muchacho—confesó y rió un poco—. Pero si logras pasar por cada reto que te ofrece mi paraíso, podrías, tal vez, regresar a la vida con la persona que más amas.

¡Lo acepto! Llévame a aquél mundo horrible del que hablas, daré todo por volver a la vida con mi Ariadna...

—Yo no puedo llevarte a ningún mundo, joven amante, la verdad, es que ya estás en él. Abre los ojos, y sal de aquí. ¿Es acaso el amor por tu dama tan grande como para vencer a la muerte misma? No me respondas, muéstrame.

Lo primero que noté fue lo brillante del sol, después de haber pasado tanto tiempo entre las sombras el sol era terriblemente brillante, aun con los ojos cerrados lo podía sentir, como cada rayo me abrazaba y daba un poco de calor y confort. Me estiré confundido y al abrir los ojos dirigí la mirada hacia el cielo, lleno de pacíficas nubes. Durante unos momentos me costó creer que había muerto, que este es un campo de un extraño tipo de lugar llamado El Terrenal. Durante unos minutos simplemente disfruté de estar aquí, tener un cielo azul y brillante sobre mi cabeza y a mis pies un pasto fresco y natural. A mi lado, había una vela, de tamaño de mi mano, con una bujía simple de color dorado y una llama chica que no se apagaba a pesar del soplar del viento, esta parecía inclinarse en exceso hacia una dirección, detrás de mí. Supuse que esta era la brújula de la que me habló El Después, puse la vela sobre mi mano y me transmitió una agradable sensación de seguridad. Sólo faltaba encontrar a mi guía, me levanté y tuve ganas de sonreír, mi cuerpo se sentía increíblemente descansado, feliz y ligero, tenía ganas de correr y de cantar, víctima de unos ánimos que no comprendía ¿por qué me sentía tan bien si estaba muerto? No pude evitar las ganas de reír y buscar con una sonrisa... ¿qué estaba buscando? Miré de nuevo alrededor del campo, hermoso, con árboles grandes y saludables, lleno de flores humildes y

coloridas. Todo era tan relajante, no tenía ninguna presión encima y lo amaba. Volví a echarme sobre el pasto y cerré mis ojos, de nuevo. Extendí mis manos y respiré hondo, tratando de tomar cada aire de tranquilidad, de aquella excelsa paz que rodeaba el ambiente, me sentía uno con las hojas verdes, con el pasto y con las vívidas flores de colores preciosos. Mi mano toco un objeto sólido, supuse que era la raíz salida de algún árbol que me regalaba su sombra, así que no le di mucho pensamiento. La envolví con mi mano y me di cuenta de lo suave que era, lo sobrenaturalmente suave, lo aterradoramente suave que era; definitivamente no era como se sentía una raíz de un árbol, ese era el calor y suavidad característicos de... una mano. Me levanté tan rápido como pude, alterado, mis sentidos todos en alerta, me acerqué y pude comprobar, lleno de miedo, que aquella era una mano humana, había perdido su color piel y ahora era completamente verde, no se distinguía entre el césped, poco a poco, encontré más de donde venía esa mano. Era el cuerpo entero de una persona, cambiado completamente de color, hundido en la tierra, su mirada era serena, no tenía idea de lo que le pasaba, no podía escuchar que yo le hablaba y tratar de jalarlo era inútil. Esa persona... esa alma, ya estaba perdida.

En el momento exactamente después de que pensé esto, el cuerpo de la persona se volvió brillante, translucido y transparente, se convirtió en un montón de puntos verdes que cayeron como semillas al suelo, y en un instante, de ellos brotaron una colección de las más bellas, elegantes y aterradoras plantas que jamás había visto. Esto era lo que me pudo haber pasado si hubiera seguido descansando.... Entonces, el sol me pareció tan brillantemente agresivo, el calor que emitía me hacía sudar y el aire se sofocaba a mi alrededor, mi cuerpo empezó a sentir toda la comezón que debí de tener cuando descansé sobre pasto. El paraíso, la calma, la belleza de la naturaleza, habíase visto antes tan horribles y yo de inmediato me hubiera echado a correr. Siguiendo la dirección de la vela, terminé saltando colinas, tropezando con arbustos (que temí mirar con detenimiento) y pasando por los más oníricos campos de flores; sabía que, si me quedaba quieto, todo se perdería en el más letal de los sueños. Subí sobre un campo algo elevado y observé todo el paisaje, era en definitiva un paraíso, con perfección en cada esquina, en cada rincón y pedazo de cielo. Era, también, el lugar más solitario que jamás había visto. No había ni una sola muestra de vida, de movimiento aparte del mío y de la suave danza de la naturaleza contra el soplo del viento. Seguía agitado por el terror y tanto correr, creer que incluso después de muerto vería a alguien morir... traté de apartar los pensamientos fuera de mi mente y seguí caminando por donde me indicará la vela, su flama se movía en voluntad propia, ajena a la voluntad del viento, la llama parecía ser cada vez más fuerte mientras me acercaba a lo que parecía un bosque. Subí un par de colinas, di vueltas a unos enormes árboles y poco a poco me acerqué a la linde de este. Antes de entrar vi un par de vueltas y mi corazón se detuvo en horror al encontrar un campo llano, repleto de personas, todas con los ojos cerrados pacíficamente, como el espíritu que

hace poco presencié desvanecerse frente a mí; las personas se encontraban acostadas, algunas recargadas sobre el tronco de un árbol, que supuse que alguna vez fue una persona. Por la más terrible de las curiosidades me acerqué al campo, y un impulso sobrenatural me jaló hacia las almas. Diferentes rostros, edades, tamaños, tantos muertos, el campo tenían tantas personas que se perdían en la mirada, hileras e hileras de espíritus que pronto se añadirían como territorio al bosque. Un pensamiento me azotó, severo, macabro y por completo, desesperanzador. ¿Se encontraría mi amada Ariadna entre estas almas perdidas? ¿Sería ella ya parte de la colección inhumana de hojas perennes arrastradas por el viento? Busqué su cara entre aquél mar de rostros, algún indicio de ella, de su largo cabello castaño, su alta figura y mirada dulce, traté de encontrar el más mínimo rastro de sus sublimes encantos de color chocolate, tan dulces como su alma. En su lugar, encontré unos vivos ojos verdes, llenos de una pasión aterradora. Frente a mí se paraba otra persona, buscando también entre los cuerpos; el brillo de mi vela en furioso creciente apuntó hacia la chica y ella me dirigió la mirada, ambos incrédulos por unos segundos.

—Tú...—logré decir, mis palabras atropelladas por la emoción y alivio de encontrar a alguien—¿estás viva?

—¡¿Tienes idea de dónde estás?!— me respondió, más bien alterada mientras se acercaba a mí— Todos estamos muertos...

Bajé la mirada, avergonzado, sintiendo aquél disparó y cómo me atravesó. Estaba muerto, era completamente cierto.

—Pero...—añadió mientras señalaba la vela en mi mano que ardía con fuerza en su dirección— parece que eres uno de esos desgraciados que ni muerto descansa en paz. No te preocupes, entonces, aquí estoy y juntos vamos a llegar hasta el final, las tierras del Después, y cuándo eso pase, ambos podremos cumplir nuestro deseo. Dame esto, tenemos que ser rápidos o la vela se apagará.

Tomó nuestra brújula y partió hacia dónde indicaba, aún tenía esa mirada alterada en ella, pero poco a poco pude observar como los músculos en su espalda se relajaban, seguimos caminando, silenciosamente. Ambas cabezas en alto, inútiles para hablar, pero hechas para soñar, el recuerdo de Ariadna volvía a mi mente y ese sentir melancólico me azotó. Pasamos por más colinas, algunos ríos repletos de escalofriantes flores azules y seguimos andando sin palabra alguna hasta que el sol empezó a bajar.

—¿Tú...también estabas buscando entre ellos a tus muertos? — me animé a preguntar.

—No. —respondió fríamente, y seguimos caminando. Al cabo de unos minutos, se limpió la garganta y cambió su respuesta— Mira, este lugar es

tan confuso para ti cómo lo es para mí. Seguramente, yo alguna vez fui como aquellos espíritus que vimos antes, lentamente desapareciendo, muriendo incluso en la tierra de los muertos. Pero El Después me “reanimó”; volví a tener una conciencia y un propósito, que es ayudarte a llegar hasta el final, me prometió la vida si llegábamos, y la algo peor que la muerte si es que fuéramos a fallar. Si alguna vez, mis muertos estuvieron aquí, ya desaparecieron.

—Vaya...—respondí, sin idea de que decir—. Por cierto, mi nombre es Rosario, gusto en conocerte...

—Dalia—respondió, y juntos salimos de aquel campo de profundos verdes paradisiacos, repleto de oscuridad en cada una de las flores que presumía.

Con cada paso el suelo se tornaba más oscuro, era casi radical el cambio entre un campo y el anterior. No más flores, de vez en cuando solamente se podía un maltratado arbusto, no más cielo, en su lugar parecía que las nubes danzaban a nuestros pies y eso era todo lo que había: Niebla, terrible, vil y oscura niebla que pronto nos envolvió y se tragó al resto del mundo. Iluminados solamente por la luz de la vela, que resplandecía tenue sobre nuestras caras, seguimos caminando, a veces tropezando con algunas piedras y otras cayendo por colinas que no podíamos ver. Llegamos a la conclusión que este terreno debía ser como el anterior, solo que terriblemente nublado.

—Debo confesar— empezó Dalia—, que hace mucho tiempo sentía un enorme miedo hacia la oscuridad. En serio, me alegro que eso ya haya pasado, por qué este lugar sinceramente es escalofriante. Como caminar en un vacío, oscuro, listo para tomarnos como sus presas. Me pregunto, si aquí también hay almas reposando. ¿No sientes también un mórbido deseo de ver a los muertos y averiguar si conoces a alguno? Ah, debería detenerme, este lugar se está volviendo demasiado perturbador para mí. ¿Te molestaría tomar la vela? Me están dando calambres en las manos...

La vela era sorprendentemente cálida, cómoda, en un terreno tan desolado como este se sentía especialmente bien. No quería que su hipnotizante calor se detuviera, quería que pasara a través de mí, que mi alma pudiera calentarse. Damos un par de vueltas y subimos por algunas colinas, pasamos algunos pequeños riachuelos de agua con apariencia poco bebible, y finalmente llegamos a un claro con menos neblina. Pudimos ver por primera vez a una sincera luna sobre nosotros, iluminando lo que podía, a sabiendas de que la neblina estaba ahí y hacía su brillo, inútil. En la lejanía, pude ver algunas luces extrañas, no estaba seguro si estaban ahí o no, pero creo que me sentí atraída por ellas. Di marcha con nuevo vuelo y comprobé que, sí existía un brillo, elevado a la altura de nuestras cabezas, tan pequeño como el tamaño de un ojo, pequeñas bolitas de luz giraban alrededor del claro, mostrando su

resplandor incluso en la niebla.

—También puedes verlos, ¿verdad? Estas pequeñas luces, me pregunto que son... ¿tal vez algún tipo de hadas? —me daban un poco de nervios aquellas esferas flotantes, decidí iniciar una conversación— Poco a poco, se van reuniendo en mayores grupos mientras nos adentramos más en la niebla... la vela lo marca, deberíamos seguir, ¿no?

Los resplandores chocaban unos contra otros, como canicas en el aire, jugando. No se movían de ninguna forma particularmente inquieta, solo inocentes, hacían contacto entre ellas y se empujaban, como pacíficas nubes. Su fría luz contrastaba con la calidez de la vela; entre ambos brillos nos abrimos un camino y empezamos a subir. Llegó un momento dónde cansados, ambos nos detuvimos. La niebla no era tan densa como antes y pudimos respirar tranquilos. Nos dirigimos una mirada, callada, melancólica al cielo vacío de nuestros ojos ajenos, palabras silenciosas que fueron a través de nosotros. Pude darle un ligero vistazo a su alma, sus ventanas estaban rotas, pero me dejaban ver aún esos trozos de verdad que intentaba ocultar. Dalia lo percató y soltó un suspiro, ella también me miraba a los ojos, seguramente conoció mi historia. Se levantó, y antes de empezar a caminar habló pesadamente.

—Ambos hemos pasado por mucho, ¿vale la pena volver a esa soledad? ¿realmente es ese mundo con el cual soñamos lo que nos espera si llegamos de vuelta? No habrá trompetas que nos reciban en gozo, ni miradas estupefactas por nuestro regreso; nadie sabrá que nos fuimos siquiera, nadie nos habrá extrañado. Tal vez es extraño que lo pregunte... pero, tú, ¿qué has perdido?

—Yo...- la garganta se me había cerrado, algunas lágrimas se me formaban. No era cómo una sencilla tristeza, más como mi corazón tratando de deshacerse de cada emoción, de cada sorpresa y miedo que había sentido— una parte de mí, que no puedo encontrar más.

Me levanté con ella y limpié mis ojos, la vela empezaba a derretirse, quedaba sólo la mitad de la cera. Aún con los ojos medio escocidos y la garganta seca pude observar un valle, completamente iluminado por los espíritus, solo que estos estaban quietos. Bajamos, intranquilos, había algo turbio en el ambiente; me hacía sentir incómodo. Tropecé y rodé cuesta abajo la colina, al abrir los ojos tuve que cerrarlos por la fuerza de su intenso brillo, estas luces, inmóviles, parecían cubrir algo, casi ocultarlo. Dalia bajó y me tendió su mano. Una vez levantado, mi mirada quedó perdida en el festival de luces, y lo que ellos cubrían. Volvía a mostrarse el lado temible de este mundo. Lo que más me aterró, fue mi frivolidad; aquella actitud sin cuidado con la que entré en el campo de luces, eran casi como lámparas normales, pero tenían un detalle particular: Los postes, eran personas, hincadas, con aquella misma mirada perdida de antes, las bocas abiertas y los cuerpos estáticos,

muertos cada vez más transparentes. Cada uno de estos brillantes espíritus se volvía más y más brillante, casi quemando, las personas a mi alrededor se deshacían. Se volvieron una débil capa, esporas brillantes que se unieron a las hadas azules, todas flotando subiendo a un cielo infinito. La luz, era maravillosa, extraña; el paisaje de ensueño, onírico ambiente. Levanté el rostro asombrado mientras seguía la ruta de lo que quedaban de estos espíritus. Estos se agolpaban entre ellos, aún muertos, aún sin cuerpo, luchaban por deshacer su soledad, rogaban a su compañía que nos los abandonarán como habían hechos los vivos. Las luces desaparecieron y este mundo se quedó a oscuras, completamente a oscuras. Ni la luna se asomaba, rindiendo homenaje ante estos muertos. No pude contener las ganas de llorar, el pensar en todas estas personas. ¿Habían muerto siendo felices? ¿habían acaso cumplido todos sus sueños? Lo más seguro, es que se hubieran ahogando en esa desdicha en la cual yo morí.

—Lo has... ¿visto? - pregunté, rompiendo ese espectral silencio en la oscuridad. —¿has visto sus rostros?

Cerca de nosotros, una voz rompió en llanto, ruidosa se hizo notar, con sonoros aullidos y jadeos por aire, casi como un animal. El llanto expresaba un dolor casi infinito, una pesadez turbia que logró arrebatarme el solemne y contemplativo ambiente en el cual me había sumergido. Se acercaba a nosotros, el llanto se escuchaba más cerca, los lamentos nos estaban siguiendo y como estábamos sumergidos en la profunda oscuridad no encontramos lugar para correr. Pegué mi cuerpo contra el de Dalia y aterrados miramos dentro de las tinieblas que habían vuelto a cubrir la tierra, iluminando débilmente con la luz de la vela, apenas podía ver mis propios pies. El llanto se detuvo repentinamente y sentí un empujón detrás de mi espalda donde se halla Dalia, temí por ella, mi corazón dio un vuelco y me giré lentamente. Ahí estaba ella y sobre sus brazos cargaba a un niño con no más de 8 ocho años. Temblaba con su cuerpo diminuto mientras se aferraba al cuello de Dalia, gritaba el nombre de su madre una y otra vez, mi guía le daba palmadas en la espalda y susurraba a su oído para que se tranquilizara. ¿Cómo era posible qué hubiera alguien más “consciente” aparte de nosotros dos?

—Este niño de aquí es un espíritu perdido- dijo ella en voz baja mientras lo abrazaba fuertemente—, no tengo idea como, pero logró escapar de su descanso; ¿estará solo?

Esta última frase pareció despertar alguna pesadilla en el niño, se aferró más fuerte a Dalia y con una combinación de grito y susurro nos habló.

—El lobo, mamá- dijo, desesperado—, el lobo viene por mí. Papá no me dejes solo... itengo miedo! P-pero, ustedes están aquí, ¿verdad? No me

volverán a dejar solo, no lo hagan, por favor.

—Niño, él no es tu padre, ni yo tu madre—la voz de Dalia había adquirido un matiz cálido y protector, casi maternal—. Pero te aseguro que todo aquí está bien, no hay ningún lobo, déjame limpiarte las lágrimas, Dani.

Con suaves movimientos lo bajó de sus brazos y empezó a limpiarle las lágrimas delicadamente, el chico parecía haber encontrado alivio en nosotros, en nuestra luz y calor. Dalia se levantó y tomó de la mano al pequeño y empezó a andar, yo la seguí y puse en camino la vela, que nos indicaba siempre a donde avanzar.

—Hermana, ¿puedo decirte así? —preguntó el niño mientras andábamos por un sendero iluminado en la luz de la luna, la niebla cada vez disminuía, poco a poco el mundo era claro—¿Por qué me llamaste Dani? Mi nombre es Nico.

Dalia pareció ahogarse con aquél nombre, como si luchará entre dejarlo libre o no. Como si fuera un nombre venenoso, o tal vez demasiado virtuoso para escucharlo. Enrojeció y bajo el rostro, apresuró su paso y nos obligó a hacer lo mismo. Curiosamente, Nico no volvió a preguntar por ese nombre. Pensé que era un buen momento para hablar con el pequeño, cuándo dije su nombre, sus ojos claros brillaron y me dirigió una tierna sonrisa de pocos dientes. Como si fuera un tipo de ensayo que él había preparado antes, empezó a recitarme cosas sobre él.

—Mi nombre es Nicolás Cruz—empezó, con orgullo, tal vez por memorizar el texto que estaba cantando—, tengo seis años, pero todo el mundo dice que parezco mayor. Me gustan mucho los animales, como los perros, los gatos y los peces. ¡El agua! Lo que más me gusta de todo es el agua, de grande seré un muy buen nadador y ganaré premios para hacer feliz a mamá, pero necesito encontrarla- creí que el chico había terminado, pero de repente se sobresaltó y continuó con palabras atropelladas y llenas de horror-. El fuego, recuerdo el fuego. Cómo el aire me empezó a lastimar y la casa entera se hizo como la cocina. Recuerdo cuando me gritaron que debía correr y no voltear atrás... ¡No quiero recordarlo, sólo quiero volver a casa!

Durante un momento, sentí como si algo estuviera junto a nosotros. Nico había creado una atmosfera bastante espeluznante, decidí acercarme más a Dalia. Ella, ahora con el control de la vela, nos señaló como en unos pasos dejaríamos atrás esta gris y neblinosa tierra y avanzaríamos a un prado completamente seco, con poco césped que bailaba al suspiro del viento.

—Nico, ven aquí—dijo Dalia y el chico se acercó con pasos pequeños y saltarines—sé que tienes miedo, pero todo estará bien. Tú vas a descansar finalmente y no tendrás que preocuparte más por nada. Dijiste

que querías ser un buen nadador, ¿no? Una vez que cierres los ojos, tus sueños se harán realidad. Ahora, abre las manos y toma esta vela. Sí, muy bien, Nico. Eres un buen chico, muy obediente; me recuerdas a mis hermanos. Aprieta fuerte la vela cuando sientas miedo y recuerda que todo estará bien, pero, sobre todo: no te muevas, aunque nosotros nos alejemos, no te muevas. ¿Me entendiste? Ah, que chico tan inteligente. Nicolás, una vez que puedas descansar- la voz de Dalia se resquebrajó- trata de mandarle saludos a... No, olvídalo, es algo tonto. Ten un dulce sueño, Nico.

No podía entender nada de lo que había pasado. Ahora Nico, inmóvil, se aferraba a una vela como si fuera todo su mundo, y Dalia corría hacia mí mientras ocultaba su rostro. Chocamos y ella me miró, sus ojos de jade oscuro estaban quebrados, las pupilas distantes y partidas a la mitad, como contemplando una escena que había sucedido hace mucho repetirse. La tomé de los hombros y sentí la necesidad de abrazarla, cuerpo con cuerpo, pude entender mejor su miseria; y pronto, su terror.

De entre la tierra un humo negro había empezado a brotar, rodeando a Nico completamente, el chico, aún con los ojos cerrados, ignoraba completamente su alrededor. Esta niebla se espesó y se volvió más oscura, tomando la forma de una gran esfera, que absorbía completamente cualquier tipo de luz. La oscuridad giró alrededor del niño y tomó una forma nueva, la de un lobo, de ojos vacíos y colmillos extensos. Empezó a dar vueltas alrededor del ignorante niño, cegado para no ver la ejecución caer sobre él, su mandíbula se abrió y por primera vez, creo que vi al niño tranquilizarse de verdad, se acostó sobre el suelo, con la vela encima de su pecho y el lobo cayó sobre él. Todo el humo lo rodeó, ocultó todo trazo de su existencia y lo devoró, durante un momento, la sombra se tornó roja. Después, el lobo volvió a ser una simple esfera de oscuridad y como si fuera un montón de polvo se desvaneció. Dónde alguna vez reposó un niño, no quedaban ahora ni sus huellas.

Las lágrimas corrían por mi aterrado rostro, mi corazón clamaba por justicia, por algo que se sintiera correcto. No quería derrumbarme más, no nos quedaba tiempo que perder, sin la vela, me sentía indefenso, y el suelo se volvía tan, tan pesado y atrayente. Mis ojos se cerraron y me dejé caer, era cómodo, terriblemente cómodo, aterradoramente confortable. Supuse que no habría problema si descansaba un rato, si calmaba mi agitado ser...

—Quiero estar sólo, quiero desaparecer- respondí de mala gana, más cansado que nunca—. Quiero volver a ser parte de la vida de mi amor.

Dalia, hincada y con lágrimas en los ojos empezó a caer también.

—Necesito que lo entiendas, Rosario- tomó mi mano y la apretó con fuerza—. Ariadna no existe más, desapareció. Es más, nunca existió la Ariadna a la que tu amaste tan fervientemente. Fue un eco del cuál tú te enamoraste, fue el carácter trágico del romance lo que te enamoró, tu alma no fue tocada por su sonrisa, pero por su frialdad. Nunca la amaste de verdad, El Después me lo explicó.

—No me puedo mover—respondí secamente. Dalia había caído a mi lado, nos mirábamos directamente a los ojos, compartiendo nuestro dolor.

—Lo lamento. Por todo, a todos. A Rosario, por haberle fallado, A Nico, por asesinarlo. A cada uno de mis hermanos, tomé la decisión equivocada y acabé con su vida. Mi vida y muerte fueron marcadas por una eterna injusticia, una tristeza irrevocable. Pero... ya se acabó, ¿verdad? Juntos podremos descansar, para siempre, juntos.

Dalia entrelazó su brazo con el mío, ambos nos quedamos quietos por horas, sin decir palabra alguna, solamente sintiendo como poco a poco, dejábamos nuestro ser, terco y resistente por la vida. Pero el mundo, se pintaba lentamente más etéreo, el aire era más puro y yo más delgado. Cerré mis ojos, y me eché a soñar.

Júbilo: Una inmensa alegría me abrazaba, marea amable que me empapaba en aquella magnífica dicha. Me encontraba sonriendo sobre un altar, el campo, lleno de las flores más bellas y blancas que había visto. El cielo, sereno y tranquilo, como debería ser. El horizonte, infinito y lleno de promesas y viajes por cumplir.

Lentamente, se le escuchó caminar, envuelta en un largo vestido blanco, con una inmensa y elegante falda que se agitaba como bella y pacífica gaviota en el mar, entre sus manos, un ramo de flores cafés, que lucían extrañamente melancólicas. Las soltó y caminó por encima de ellas, después subió al altar conmigo y cruzó sus manos alrededor de mi cuello, yo envolví su cintura y sonreí, con la cara enrojecida. Silenciosas palabras de romance afloraban en este ambiente de ensueño, podía ver pequeñas mariposas volar en parejas, revoloteando juguetonas, por siempre. Nuestro abrazo se volvió más sincero, y nos murmuramos amores al oído; llegado al momento, lo supimos. Era el momento de darse el beso, sellar nuestras vidas juntos y ser felices. Hoy, mañana y siempre. Amanecer cada día con el dulce sopor de los enamorados, y caminar cada camino tomados de la mano. Te amo, de verdad.

Lentamente, destapé su fino velo de seda blanca, su barbilla suave y labios dulces se asomaron, Acerqué lentamente los míos, y confesé mi cielo con suyo, en el beso más romántico, dulce y especial que jamás había dado. El sincero sabor del amor, era uno de azúcar quemada y chocolate. Nos volvimos a besar, y cubrí de nuevo su rostro. La tomé fuerte de las manos, y confesé que estaba perdidamente enamorado, que

quería pasar la vida a su lado.

Y pude ver como a través del velo, unos ojos verdes rompían en llanto y alegría.

En alguna parte del Terrenal, un par de flores había nacido una contra la otra. Y juntas, también se las llevó el viento.